

3988 PASTOR CARLOS STAHL
ISAÍAS 36 Y 37: EL REY EZEQUÍAS Y EL REY DE
ASIRIA
MIÉRCOLES 2 DE SEPTIEMBRE, 2026



IGLESIA DEL EVANGELIO DE CRISTO
Vida Cristiana
GUATEMALA

Oficina: 15 Calle 3-37 Zona 10, Guatemala, Guatemala Tels.: 2363-6231 y 2337-4206
Templo: 15 Calle 3-48 Zona 10
www.vidacristiana.org.gt/info@vidacristiana.org.gt

3988 PASTOR CARLOS STAHL
ISAÍAS 36 Y 37: EL REY EZEQUÍAS Y EL REY DE ASIRIA
MIÉRCOLES 2 DE SEPTIEMBRE, 2026

Muy bien. Gloria al Señor. Gracias a Dios. Bueno, estamos en Isaías, capítulo treinta y seis. Así es que nos vamos a ir todos al capítulo treinta y seis de Isaías. Y eso nos ubica en la historia del famosísimo rey Ezequías, rey de Judá. Y vimos las obras que hizo el rey Ezequías: cómo él primero se volvió a Dios, y cómo él empezó a hacer que se volvieran a Dios los sacerdotes y levitas, los príncipes del pueblo, el resto del pueblo. Y cuando celebraron esa Pascua, invitaron a sus hermanos, los de las diez tribus del norte, a celebrar con ellos la Pascua. Y bueno, después de semejante celebración empezaron a derribar los ídolos, ¿verdad? Y ese es el orden correcto de acontecimientos: primero métase con Dios y entonces va a tener el celo y el fuego y el amor por Dios encendidos en su corazón para empezar a lidiar con cualquiera que sea la cosa que tenemos que estar lidiando. A mucha gente le decimos: «No, lidie con eso primero». Y no es cierto; es imposible. Si fuera posible, ya lo hubieran hecho. No: métase con Dios primero, deje que Dios encienda su corazón, encuéntrese con Dios, y después hacer estos cambios en nuestra vida sale natural, pues. Amén. Gracias al Señor.

Ahora, Ezequías nos da ejemplo de muchas cosas, y una de las cosas que ya empezamos a mencionar la semana pasada es que Ezequías, similar a Job, también es una historia de cómo gente que hizo... palabras de Dios describiendo a Job: «era perfecto, recto, temeroso de Dios y apartado del mal». Pues el rey Ezequías hizo lo bueno, hizo lo recto, hizo lo justo; y al terminar de hacer lo bueno, lo recto y lo justo, le empezó a llover sobre mojado. Y sus reacciones fueron bastante diferentes, las reacciones de ambos, Job y Ezequías. Job iba bien al principio, pero ya cuando la presión empezó a ser cada vez más fuerte, terminó concluyendo infelizmente que él era más justo que Dios, ¿verdad? Pero Dios finalmente se encontró con Job, y Job se vio a sí mismo y dijo, en otras palabras: «Señor, si no hubiera sido por la presión, nunca me hubiera visto a mí mismo. Así es que gracias». Y el Señor al final le dijo: «Okey, te voy a sanar, Job. Pero primero tienes que orar por tus amigos; no son tus enemigos, porque ellos te ayudaron a verte a ti mismo». Amén. Y colorín colorado.

Ahora, en el caso de Ezequías, el rey Ezequías hizo todo lo bueno, todo lo que quería hacer, y de repente llega a la conclusión de que debía venir Senaquerib, el rey de Asiria, con un ejército de no sé cuántos cientos de miles buscando... empezaron a tomar las ciudades de Judá y su intención es tomar la ciudad de Jerusalén. Ahora, él actuó diferente a Job: él hizo lo correcto. Él nos va a enseñar qué hacer cuando pasan estas cosas. Pero una cosa sí ocurrió en ambos ejemplos: nadie empezó a lloriquear y a decir: «Señor, pero si yo hice todo bien, ¿por qué me pagas de esta manera?». Bueno, Job un poquito hasta el final, ¿verdad?, cuando no halló la salida por otro lado. Pero en el caso de Ezequías no fue así. Y muchos de nosotros, cuando no hemos crecido y madurado lo suficiente en nuestro conocimiento de Dios, creemos que cuando hacemos lo recto delante de Dios estamos blindados a que nos pasen problemas y calamidades. Les tengo noticias: los problemas y las calamidades van a seguir viniendo por una simple pero profunda razón: todavía no somos perfectos y Dios está

buscando perfeccionarnos. Amén. Así es que sume uno más uno. Amén. Y por eso es que pasan cosas.

Entonces no tiene nada que ver todo lo bueno que ha pasado en el pasado con que ahorita nos esté pasando algo doloroso o algo difícil; al contrario: si Dios en el pasado buscó nuestro perfeccionamiento moral y espiritual, Dios en el presente sigue buscando nuestro perfeccionamiento moral y espiritual. Amén. Él sabe detrás de qué anda; entonces sabe por dónde pincharnos, ¿verdad? Muy bien.

Entonces, Isaías capítulo treinta y seis. En la historia de Ezequías aquí en el libro de Isaías entran directo a la amenaza del rey de Asiria. La historia de Ezequías la vimos en Segunda de Crónicas, en Segunda de Reyes, pero ya pasamos por allí. Entonces ya habíamos visto los primeros versos; vamos a regresar y vamos al verso uno. Isaías 36, verso 1: «Aconteció en el año catorce del rey Ezequías, que Senaquerib rey de Asiria subió contra todas las ciudades fortificadas de Judá, y las tomó. Y el rey de Asiria envió al Rabsaces con un gran ejército desde Laquis a Jerusalén, contra el rey Ezequías; y acampó junto al acueducto del estanque de arriba, en el camino de la heredad del Lavador. Y salió a él Eliaquim hijo de Hilcías, mayordomo, y Sebna, escriba, y Joa hijo de Asaf, canciller». A ellos los mandó el rey Ezequías al muro de la ciudad a ver cuál era el mensaje que traían estos siervos del rey de Asiria.

Ahora, la semana pasada también les dije que hay otro paralelismo entre lo que le pasó a Ezequías con lo que le pasó a Job, porque al final de cuentas descubrimos que el problema de Job era que él había sido tomado cautivo por Leviatán. ¿Quién es Leviatán? Bueno, en cuanto a naturaleza Leviatán es el dragón; el dragón es Leviatán. Pero estrictamente hablando no son exactamente lo mismo. Pero en el libro de Job, capítulo cuarenta y uno, cuando describen a Leviatán, primero describen su naturaleza, pero después describen su manera de operar. Si estudiamos eso con cuidado, vamos a descubrir que está hablando de la manera como él opera aquí. Sí, Leviatán en Job 41 realmente describe esa naturaleza serpentina que entró al corazón y a la voluntad humanos allá en el Jardín del Edén, y que heredamos del primer Adán, y que sigue dándonos lata. ¡Cuánta lata nos da nuestra mente carnal! El hombre... no el hombre: Dios no creó al hombre con una mente carnal, con un viejo corazón, con concupiscencia y malos pensamientos y malos deseos y todo eso; Dios hizo al hombre recto. Amén. Pero cuando el hombre se expuso a la serpiente, esta naturaleza que invitó el hombre —primero fue la mujer y después el hombre con su desobediencia—, que invitaron a inundar su mente y su corazón, fue la que creó, la que generó, la que le dio nacimiento a esta mente carnal y a este cuerpo del pecado, y a este viejo hombre y todas esas cosas del viejo corazón. Todo eso allí empezó, cuando la serpiente se coló aquí adentro, y desde entonces y hasta ahora.

Entonces, a la hora de las batallas y de las situaciones y de los problemas, si lo analizan, uno de nuestros principales enemigos realmente lo tenemos adentro: es nuestro mundo mental. Y el problema puede ser de este tamaño, pero cuando terminamos de digerirlo y licuarlo y batirlo y todo lo demás, con movimientos envolventes y todo lo que quieran en la mente, cuando termina nuestra mente de pensar en el problema, de repente el problema tiene este

tamaño. Si hay una falta involuntaria de atención y alguien no hizo, no dijo, no saludó, cuando terminamos de darle vueltas a eso en nuestra mente carnal, la persona nos odia, nos quiere matar, quiere quedarse con nuestra herencia, ¿es cierto o no? Ajá. Es una cosa espantosa. Un chisme que oigamos por allí de este tamaño, y al rato mejor buscamos quitarnos la vida, porque va a ser mejor quitarnos la vida que estar lidiando con una cosa que ya se volvió de este tamaño y nunca fue de este tamaño: nuestra mente la volvió de ese tamaño. Amén. Sí. Una expresión, que alguien diga algo... sí, a veces es cierto; tal vez es negativo, tal vez duele precisamente porque es cierto. Y cuando terminamos de razonar lo que equis persona nos dijo: ¡Dios santo!, sí. O sea: «Nadie me quiere, todo el mundo me odia». Una cosa increíble, ¿verdad?

Así es que en las batallas realmente nuestro peor enemigo lo tenemos adentro, lo llevamos con nosotros a dondequiera que vayamos. Por eso la gente dice: «Mejor me voy a ir a la Patagonia; tal vez allí me alejo de mis problemas». Les tengo noticias: le va a salir más barato quedarse en su casa, porque el problema lo tenemos adentro, se llama nuestra mente carnal. Amén. Amén. Qué bendición entender estas cosas. Sí. Y el problema no podemos agarrarlo y traerlo a los pies de la cruz; a la persona no la podemos agarrar y traer a los pies de la cruz, pero nosotros sí podemos agarrar nuestro propio ser y traerlo a los pies de la cruz y empezar a hacer ahí negocios con Dios, ¿verdad? Y ¡ay, qué maravilla! Cuando hacemos negocios con Dios y Dios termina con nosotros, de repente el problema regresa a tener el tamaño que tenía. Amén. Y estamos otra vez felices, en paz; Dios hizo lo que tenía que hacer con nosotros, al día siguiente amanece y el problema no existe. Amén.

Bueno, en el caso del rey Ezequías van a ver cómo se condujo él. Pero les estaba diciendo la semana pasada que la conducta de Senaquerib —bueno, realmente no fue de él, fue del Rabsaces, que era como su general, era como su mayordomo principal—, la manera como abordó a los israelitas, las cosas que les dijo: una confusión y un enredo terribles. Es exactamente la manera como opera Leviatán aquí adentro. Así es que el rey de Asiria aquí en este cuadro nos puede ayudar a entender cómo opera Leviatán aquí adentro, ¿verdad? Amén.

GUATEMALA

Bueno, ¿dónde nos quedamos? Isaías 36, verso 3: «Y salió a él Eliaquim hijo de Hircías, mayordomo, y Sebna, escriba, y Joa hijo de Asaf, canciller, a los cuales dijo el Rabsaces: Decid ahora a Ezequías: El gran rey, el rey de Asiria, dice así: ¿Qué confianza es esta en que te apoyas? Yo digo que el consejo y poderío para la guerra de que tú hablas, no son más que palabras vacías. Ahora bien, ¿en quién confías para que te rebeles contra mí?». Sí, en otras palabras: «No le hagan caso a su rey; él está diciéndoles que están preparados para la guerra, esas son palabras vacías».

Verso 6 dice: «He aquí que confías en este báculo de caña frágil, en Egipto, en el cual si alguno se apoyare, se le entrará por la mano y la atravesará. Tal es Faraón rey de Egipto para con todos los que en él confían». Bueno, ya discutimos esto. O sea, reyes anteriores a Ezequías sí habían corrido al rey de Egipto para apoyarse en él y librarse de los asirios y de otros enemigos, pero ese no era el caso de Ezequías. Entonces esto lo dijo el siervo del rey de

Asiria para provocar confusión y angustia. Y una de las primeras cosas con las que lidiamos cuando oímos algo, lo que sea, una de las primeras cosas es: «¿Será que yo lo hice?», cuando empezamos a ser acusados de esta forma o juzgados de esta forma, ¿verdad? Acuérdense que todos nacimos con este individuo que se llama el juez injusto sentado en el trono de nuestro corazón; entonces para el ser humano es tan natural juzgar injustamente, sin misericordia, a algo o a alguien. Y lo más divertido es que damos la vida por las conclusiones que estamos sacando y son tan propias de nosotros; el noventa por ciento de las veces no están conformadas a la verdad, sino que están alejadas de la realidad. Amén. Pero a veces entra tanta confusión en nuestra vida y nos empezamos a sentir acusados, nos empezamos a sentir condenados, ¿verdad?

Bueno, versículo 7: «Y si me decís: En Jehová nuestro Dios confiamos; ¿no es éste aquel cuyos lugares altos y cuyos altares hizo quitar Ezequías, y dijo a Judá y a Jerusalén: Delante de este altar adoraréis?». Miren lo que dice. Miren la confusión, o sea: Ezequías quitó los altares de todos los dioses falsos, altares que habían levantado en Jerusalén y en Judá; de ninguna manera quitó el altar de Dios, y el altar de Dios allí sigue. Pero le están llamando el altar de Dios a todos los demás altares. Entonces, ¿qué cosa más confusa!

Verso 8: «Ahora, pues, yo te ruego que des rehenes al rey de Asiria mi señor, y yo te daré dos mil caballos, si tú puedes dar jinetes que cabalguen sobre ellos. ¿Cómo, pues, podrás resistir a un capitán, al menor de los siervos de mi señor, aunque estés confiado en Egipto con sus carros y su gente de a caballo?». Pues ni está confiado en Egipto, ni tiene carros, ni tiene gente de a caballo. Pero viene ahora, después de traer semejante confusión a la mente de los israelitas, viene ahora el rey de Asiria y les dice: «Yo con mucho gusto les doy caballos si quieren que estemos parejos en esta batalla, pero nada más que ustedes garanticen los jinetes». El problema con esto es que, si se recuerdan, Dios no permitía que se hicieran de caballos los reyes de Israel y que hicieran una gran cuadra de caballos para que no pusieran su confianza en los caballos —eran los tanques de guerra en la antigüedad—, para que no pusieran su confianza en los recursos naturales que tuvieran o no tuvieran ahí. Disculpen.

Entonces lo que está haciendo aquí el rey de Asiria es tentarlos. Tentarlos: «Dejen de confiar en Dios; al fin y al cabo ya le destruyeron los altares a Dios y yo les voy a dar caballos, y de esa manera pueden ustedes sentirse tranquilos y seguros, porque ahora van a tener caballos también y van a poder enfrentarse conmigo». Es la tentación de decir: «Bueno, negociemos un poquito con esta cosa que es enemiga». Pero ahí van a ver lo que sigue: negociamos un poquito con el enemigo creyendo que eso nos va a dar paz y reposo, y al rato el enemigo nos va a tomar cautivos. Amén.

Okey, entonces sigamos aquí. Nos vamos a ir al verso... nueve. Probablemente están muy fuertes los aires... el aire. Gracias, muy bien, fantástico, gracias. Okey.

Verso ocho otra vez: «Ahora, pues, yo te ruego que des rehenes al rey de Asiria mi señor, y yo te daré dos mil caballos, si tú puedes dar jinetes que cabalguen sobre ellos. ¿Cómo, pues, podrás resistir a un capitán, al menor de los siervos de mi señor, aunque estés confiado en

Egipto con sus carros y su gente de a caballo? ¿Acaso vine yo ahora a esta tierra para destruirla sin Jehová? Jehová me dijo: Sube a esta tierra y destrúyela». «Sí, de plano esto me está pasando porque Dios quiere destruirme; esto debe estar pasando porque Dios quiere acabar conmigo. Dios no está contento conmigo, ¿por eso me está pasando esto?». No; Dios nos ama. Amén. Pero Él no va a desaprovechar oportunidad alguna para perfeccionar todavía más su obra en nosotros, y no nos vamos a librar de oposición, de situaciones complicadas, gente y todo lo demás. Okey. ¿Pero ven la confusión? «¿Tú confías en Dios? Pues ese es el mismo Dios que me dijo a mí que viniera yo a destruirte».

Entonces, versículo 11: «Entonces dijeron Eliaquim, Sebna y Joa al Rabsaces: Te rogamos que hables a tus siervos en arameo, porque nosotros lo entendemos; y no hables con nosotros en lengua de Judá, porque lo oye el pueblo que está sobre el muro». En esa época el arameo era el idioma que hablaban los sirios, pero también es una lengua hebrea y por eso hay porciones de la Biblia escritas en arameo —que conste que son poquitas: unas cuantas en el libro de Daniel y no me acuerdo dónde más había otra, amén—; pero por eso lo entendían, era el lenguaje comercial de esos días. «Háblanos en arameo, no hables en hebreo», le están diciendo los funcionarios del rey Ezequías a los del rey de Asiria. Acuérdense que los del rey Ezequías están sobre el muro y los otros están afuera del muro, y ahí se están platicando; pero en el muro hay un montón de gente oyendo también, ¿verdad? «Entonces hablemos en arameo, así la gente no oye y no se estremecen por lo que están oyendo».

Y le dijo el Rabsaces —verso 12—: «¿Acaso me envió mi señor para que dijese estas palabras a ti y a tu señor, y no a los hombres que están sobre el muro, expuestos a comer su estiércol y beber su orina con vosotros?». Eso es intimidación.

Entonces el Rabsaces se puso en pie y gritó a gran voz en lengua de Judá, diciendo: «Oíd las palabras del gran rey, el rey de Asiria. El rey dice así: No os engañe Ezequías, porque no os podrá librar. Ni os haga Ezequías confiar en Jehová, diciendo: Ciertamente Jehová nos libraré; no será entregada esta ciudad en manos del rey de Asiria. No escuchéis a Ezequías; porque así dice el rey de Asiria: Haced conmigo paz, y salid a mí; y coma cada uno de su viña, y cada cual de su higuera, y beba cada uno las aguas de su pozo, hasta que yo venga y os lleve a una tierra como la vuestra, tierra de grano y de vino, tierra de pan y de viñas». «Hagan la paz conmigo y ustedes van a vivir en paz un ratito; después me los voy a llevar cautivos a mi tierra». Hagamos la paz nosotros con las cosas de la carne, con las cosas del mundo que son contrarias al camino por el que nosotros queremos caminar, y al rato somos tomados cautivos por esas cosas. Amén.

«Mirad que no os engañe Ezequías, diciendo: Jehová nos libraré. ¿Acaso libraron los dioses de las naciones, cada uno su tierra, de la mano del rey de Asiria? ¿Dónde está el dios de Hamat y de Arfad? ¿Dónde está el dios de Sefarvaim? ¿Libraron a Samaria de mi mano? ¿Qué dios hay entre los dioses de estas tierras que haya librado su tierra de mi mano, para que Jehová libere de mi mano a Jerusalén?». Y entre paréntesis, sí era cierto que habían

conquistado todas esas otras ciudades. Pero en la confusión: «O sea, sus dioses no los libraron a ellos; entonces, ¿por qué creen que Jehová los va a librar a ustedes?».

Ese fue el mensaje, esa fue la intimidación, ¿verdad? Y muchas veces viene una mala noticia, o empezamos a oír murmuración en algún lado, ¿verdad?, de que a lo mejor va a pasar algo, de que quién sabe qué. Tenemos que ser muy cuidadosos en no abrirnos y pensar que todo se está desfondando y desmoronando. Eso es lo que estaba tratando de hacer el mensajero del rey de Asiria aquí con los israelitas: «Sí, o sea, tienen sus días contados, todo se va a terminar, todo está desmoronado». Okey. Y a veces pensamos como que Dios se nos voltea cuando las cosas se ponen complicadas; de ninguna manera. Amén.

Pero el punto medular es el versículo 21: ¿cómo respondieron ellos a esta intimidación?, ¿cómo respondieron ellos a estas malas noticias y a toda esta blasfemia? Y aquí tenemos una lección tremenda que debemos aprender nosotros: cuando nosotros empezamos a oír noticias negativas y comentarios y cosas, Dios no espera que nosotros contribuyamos dando nuestra propia opinión; ¿saben qué espera Dios que hagamos?: que cerremos la boca y todo se lo llevemos al Señor. Amén.

«Pero ellos callaron, y no le respondieron palabra; porque el rey así lo había mandado, diciendo: No le respondáis». ¿Qué ganamos con responder algo así?, ¿qué ganamos?: solo enredarnos más y más y más y más en cualquiera que sea la situación, ¿verdad? Pues miren lo que hizo —bueno, todavía no estamos con el rey—: «Entonces Eliaquim hijo de Hilcías, mayordomo, y Sebna, escriba, y Joa hijo de Asaf, canciller, vinieron a Ezequías, rasgados sus vestidos, y le contaron las palabras del Rabsaces».

Entonces, ¿qué hizo Ezequías? Miren, pues: «Aconteció, pues, que cuando el rey Ezequías oyó esto, rasgó sus vestidos, y cubierto de cilicio vino a la casa de Jehová». Él no se fue a parar al pie del muro que rodeaba la ciudad en donde estaba el rey a contestarle de regreso, ¿lo ven? Cuando hay una situación así, uno no dice nada y uno se va al Señor: una amenaza, una mala noticia o algo que escuchamos, algún comentario de alguien. El problema es que nosotros a esas cosas les añadimos nuestros propios juicios injustos y se vuelve la de no terminar, se vuelve la de San Quintín, ¿verdad? Pero él vino y simplemente se humilló y se fue directo a la casa de Dios. Amén. Si alguien nos puede ayudar, es el Señor, no importa cuál sea la situación.

Ahora, ¿qué hizo que Ezequías, sin titubear, se fuera directo a la casa de Dios?: la manera como él caminaba. Amén. Él hizo todo lo recto, hizo todo lo bueno, limpió el templo, limpió de ídolos la ciudad de Jerusalén, despertó el sacerdocio, despertó la adoración a Dios; también armó al pueblo y lo organizó en filas militares cuando oyeron la noticia de que venían los asirios. Amén. Él hizo su parte, él caminaba bien, él buscaba a Dios, conocía a Dios. Por eso, cuando eran tiempos buenos, él hizo lo bueno; cuando vinieron tiempos malos, supo seguir haciendo lo correcto. Amén. Pero cuando hay tiempos buenos y nosotros los desaprovechamos y no hacemos lo correcto, les prometo que cuando vengan tiempos

malos no vamos a saber actuar correctamente, ir al lugar correcto y hacer lo correcto. Amén. Amén.

Es como yo le llamo de esta forma: a lo largo de los años hemos visto tantos casos de gente que no buscó a Dios teniendo todo a su favor. Como no buscaron a Dios, de repente un día una calamidad, una calamidad familiar o cualquier cosa: ¡ah!, empiezan a correr para todos lados buscando ver quién los ayuda, porque saben que vino la inundación y los agarró sin salvavidas. Sí, cuando es tiempo de buscar a Dios, busquemos a Dios; siempre es tiempo de buscar a Dios. Pero cuando lo buscamos en las buenas, sí, entonces cuando vengan tiempos malos lo vamos a seguir buscando, ¿cuál es el problema? Amén.

Okey, entonces se fue directo a la casa de Dios. Versículo 2: «Y envió a Eliaquim mayordomo, a Sebna escriba, y a los ancianos de los sacerdotes, cubiertos de cilicio...» —o sea, en humildad— «...al profeta Isaías hijo de Amoz». Necesitamos oír: ¿qué opina Dios de esto?, ¿qué está diciendo Dios de este asunto? Amén. Y cuando estamos lidiando con algo difícil, miren: doblemos rodillas, busquemos a Dios en oración y busquemos a Dios en su Palabra. Yo les he dicho en mi experiencia personal: cuando hay situaciones complicadas, yo me voy a los Salmos. A estas alturas de la vida he descubierto que si a mí me está pasando, a David le pasó también; en algún lado lo dice y describe a todo color lo que a uno le está pasando, porque ya pasó por ahí, ¿verdad? Amén.

Okey. Entonces se fueron con Isaías. Versículo 3: «los cuales le dijeron: Así ha dicho Ezequías: Día de angustia, de reprensión y de blasfemia es este día; porque los hijos han llegado hasta el punto de nacer, y la que da a luz no tiene fuerzas». En otras palabras: esta situación es el equivalente a que si estuviéramos en labor de parto; pero lo peor es que los dolores se van arreciando y arreciando y arreciando, y nosotros no tenemos fuerzas por ningún lado. Y así es, o sea, no las tenemos; por eso hay que ir al Señor siempre.

«Quizá oírás Jehová tu Dios las palabras del Rabsaces, al cual el rey de Asiria su señor envió para blasfemar al Dios vivo, y para vituperar con las palabras que oyó Jehová tu Dios; eleva, pues, oración tú por el remanente que aún ha quedado. Vinieron, pues, los siervos del rey Ezequías a Isaías. Y les dijo Isaías: Diréis así a vuestro señor: Así ha dicho Jehová: No temas por las palabras que has oído, con las cuales me han blasfemado los siervos del rey de Asiria. He aquí que yo pondré en él un espíritu, y oírás un rumor, y volverá a su tierra; y haré que en su tierra perezca a espada».

«Vuelto, pues, el Rabsaces, halló al rey de Asiria que combatía contra Libna; porque había oído que se había apartado de Laquis». Se supone que tenían sitiada una ciudad de Judá, y resulta que de repente llegó la noticia de que había una batalla de alguien más en contra de ellos, por otro lado, y se fue para allá: eran los etíopes. Dice: «Mas oyendo decir de Tirhaka rey de Etiopía: He aquí que ha salido para hacerte guerra; al oírlo, envió embajadores a Ezequías, diciendo...». El rey se tuvo que retirar de buscar rodear y tomar la ciudad de Jerusalén porque, por otro lado, el rey de Etiopía vino y le hizo la guerra. Ahora, ¿quién creen que levantó al rey de Etiopía para hacerle la guerra al rey de Asiria? ¿Ven por qué no

tenemos que alegar, defendernos, pelearnos, vengarnos? Todo lo que tenemos que hacer es humillarnos, cerrar la boca y no hablarle a la gente, pero abrir bien la boca y hablar con Dios. Hablar con Dios. Y yo creo que entre todos podríamos juntar cientos de historias de veces en donde algo nos tenía afligidísimos y fuimos al Señor y le dijimos: «Señor, ayúdame», y la cosa se solucionó solita, ¿cierto o no? Amén. Gracias a Dios.

Entonces, pero encima de todo, el rey de Asiria... okay, se retiró de las ciudades de Judá por ir a enfrentarse con el rey de Etiopía, pero no sin mandarle otro mensajito al rey Ezequías, ¿verdad? En otras palabras: «No cantes victoria, Ezequías; me voy a entretener un ratito allá, pero al rato regreso». «Así diréis a Ezequías, rey de Judá: No te engañe tu Dios en quien tú confías, diciendo: Jerusalén no será entregada en mano del rey de Asiria. He aquí que tú oíste lo que han hecho los reyes de Asiria a todas las tierras, que las destruyeron; ¿y escaparás tú? ¿Acaso libraron sus dioses a las naciones que destruyeron mis antepasados, a Gozán, Harán, Resef, y a los hijos de Edén que moraban en Telasar? ¿Dónde está el rey de Hamat, el rey de Arfad, el rey de la ciudad de Sefarvaim, de Hena y de Iva?». Miren la amenaza, ¿verdad? O sea: «Miren todas las victorias que tuvimos por allá; ¿qué, crees que no vamos a vencerte aquí?». Pues el problema es que los asirios ni siquiera conocen a Dios. Uno conoce al Señor. ¿Y saben qué es lo más maravilloso?: que Dios nos conoce y Él nos cuida y Él nos guarda. ¿Ven qué interesante la historia?

Entonces vámonos al verso 14: «Y tomó Ezequías las cartas de mano de los embajadores...» —porque todo esto se lo dieron por escrito; probablemente le hicieron firmar de recibido y se llevaron una copia— «...y tomó Ezequías las cartas de mano de los embajadores, y las leyó; y subió a la casa de Jehová, y las extendió delante de Jehová». Fue y se las leyó a Dios, porque realmente el asunto al final era en contra de Dios, ¿verdad? Fue y se las leyó al Señor. Yo creo que ya les he contado historias, pero yo ya le he leído cartas al Señor. Ajá, porque al final el asunto no es con uno, ¿qué es uno? Al final el asunto es con Dios, ¿verdad? Amén. Amén. Tremendo, ¿verdad?

Okay, entonces: «Ezequías oró a Jehová, diciendo: Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, que moras entre los querubines, sólo tú eres Dios de todos los reinos de la tierra; tú hiciste los cielos y la tierra». Él estuvo presente en el estudio del desayuno del día sábado: lo primero que hizo fue santificar el nombre del Señor. ¿Y por qué dijo todo esto?: para recordar, antes de presentar su queja, recordar quién es el Señor, recordar quién es el Señor. Amén. Y ya solo eso le sube a uno los ánimos, porque uno es débil, uno no sabe ni qué hacer o qué no hacer, uno no sabe nada; pero cuando uno empieza a santificar el nombre del Señor, uno se acuerda de repente que Dios es Dios, Él es el Señor. Amén. Y que nosotros no somos fuertes en nuestra propia fuerza, y Dios no espera que lo seamos porque sabe que no lo somos; pero Él es el fuerte. Amén. Podemos apoyarnos en Él.

Okay, entonces le dice —verso 17—: «Inclina, oh Jehová, tu oído, y oye; abre, oh Jehová, tus ojos, y mira; y oye todas las palabras de Senaquerib, que ha enviado a blasfemar al Dios viviente. Ciertamente, oh Jehová, los reyes de Asiria destruyeron todas las tierras y sus comarcas, y entregaron los dioses de ellos al fuego...». O sea, todo lo que dijo el señor este es

cierto, pero dice: «...pero los entregaron a fuego, porque ellos no eran dioses, sino obra de manos de hombre, madera y piedra; por eso los destruyeron. Ahora pues, Jehová Dios nuestro, líbranos de su mano, para que todos los reinos de la tierra conozcan que sólo tú eres Jehová». Amén.

Y el mensaje que Dios le dio al rey a través de Isaías era: «Estos han blasfemado mi nombre». Ahora, Dios tiene celo por su nombre. Por eso una y otra vez dice la Biblia que Dios dice: «Y por amor a mi nombre, y por amor a mi nombre, y por amor a mi nombre, y por amor a mi nombre». Y Dios, Él busca darse a conocer y Él usa cualquier situación para darse a conocer. Y cuando alguien o algo está usando su nombre, tengan la garantía de que Dios está listo para darse a conocer, porque Él tiene celo por su nombre. ¿Por qué?: porque Él quiere que la gente sepa que Él es amoroso y misericordioso, pero que Él es fuerte y Él no es un ídolo de madera o de piedra. Amén. Entonces por eso es que Dios obra: al final es más que por amor a nosotros, es por amor a su nombre, porque Él sí se dio a conocer a nosotros y se quiere dar a conocer a los demás también. Amén.

Okey, entonces: «para que todos los reinos de la tierra conozcan que sólo tú eres Jehová». «Entonces Isaías hijo de Amoz envió a decir a Ezequías: Así ha dicho Jehová Dios de Israel...» —obviamente Dios oyó el clamor de Ezequías y le respondió a través del profeta—: «...Acerca de lo que me rogaste sobre Senaquerib rey de Asiria, estas son las palabras que Jehová habló contra él: La virgen hija de Sion te menosprecia, te escarnece; detrás de ti mueve su cabeza la hija de Jerusalén. ¿A quién vituperaste y a quién blasfemaste? ¿Contra quién has alzado tu voz, y levantado tus ojos en alto? Contra el Santo de Israel». Y esta es la manera o el argumento con el que esta tierra va a ser juzgada al final de sus días: el mundo entero ha blasfemado y ha vilificado y ha vituperado el nombre del Señor Jesucristo. Entonces el Señor Jesucristo en persona va a venir a demostrarle al mundo entero quién es Él, Aquel a quien ellos han vilificado. Pero es por su gran misericordia que Él no lo ha hecho todavía, porque Él está esperando a que entre el último que tiene que entrar, ¿verdad? Amén. Muy bien.

Versículo 24: «Por mano de tus siervos has vituperado al Señor, y dijiste: Con la multitud de mis carros subiré a las alturas de los montes, a las laderas del Líbano; cortaré sus altos cedros, sus cipreses escogidos; llegaré hasta sus más elevadas cumbres, al bosque de sus feraces campos. Yo cavé, y bebí las aguas, y con las pisadas de mis pies secaré todos los ríos de Egipto». Eso es Dios a través de Isaías repitiéndole al rey de Asiria lo que él dijo o sus pretensiones.

Ahora miren el verso 26: «¿Nunca has oído que desde tiempos antiguos yo lo hice, que desde los días de la antigüedad lo tengo ideado? Y ahora lo he hecho venir, y tú serás para reducir las ciudades fortificadas a montones de escombros». ¿Qué acabamos de leer?: que desde la eternidad, *Qédem*, cuando el Señor escribió en el rollo del libro su plan maestro para todo y para todos, desde entonces estaba escrito que un día, en el lugar preciso y en el momento preciso, se iba a levantar un rey de Asiria llamado Senaquerib, de quien Dios se iba a valer para darle una tunda a otros también. Sí. Entonces lo que le está diciendo Dios al rey de

Asiria es: «No creas que es iniciativa tuya y que tu grandeza tú te la ganaste o la heredaste de tus padres y que tú eres maravilloso. No: si está pasando es porque Dios está detrás». Y estaba escrito en el rollo del libro que esto tenía que pasar, como más adelante vamos a ver que Dios le dice a Ciro. Estas son porciones que conocemos bien, ¿verdad? Pero Ciro, el rey de Persia, años después, fue al que Dios levantó como rey de Persia después de haber estado los israelitas setenta años cautivos en Babilonia, porque él es el que iba a dar la orden para que los israelitas regresaran del cautiverio y reconstruyeran su ciudad. Amén. Es gente que Dios ha levantado, y esto lo tiene Dios planificado desde el principio. Entonces hay gente que se cree muy lista, los grandes conquistadores, los grandes *bullies*, hasta los del mundo moderno; y realmente Dios está detrás de cada persona, de cada detalle, de cada cosa buena o mala, porque de esa manera todas las piezas se están moviendo en la dirección en la que se tienen que mover para que la voluntad de Dios sea hecha al final. Amén. Amén.

Tremendo, ¿verdad? Es como, ¿se acuerdan en el libro de Apocalipsis que Dios tiene cuatro ángeles que están atados junto al río Éufrates y en un momento en el libro de Apocalipsis dice: «Van a ser desatados esos ángeles que estaban allí esperando el momento, la hora, el día»? Imagínense, probablemente están allí también desde la eternidad, *Qédem*, y ahí siguen; pero un día, cuando sea la Gran Tribulación, Dios los va a necesitar y entonces van a entrar en acción. Tremendo, ¿verdad? Amén. Es como la gran pregunta, ¿verdad?: si Jesús venció al diablo en la cruz, ¿por qué el diablo sigue suelto?: porque Dios sigue valiéndose del diablo. Okey, entonces ven, qué tremendo: «Desde tiempos antiguos...», dice: «...yo lo hice, desde los días de la antigüedad...». La palabra antigüedad es *Qédem* en idioma hebreo. A Dios no se le escapa nada. Dios hizo al malo para destruir, dice la Biblia. Amén. Así es que todos estos malvados que se han levantado a lo largo de la historia, todos han jugado un papel. Ahora, ¿por qué los va a juzgar el Señor?: porque, pues, ¿para qué estuvieron de acuerdo con hacer estos niveles de maldad? Esto lo establece Pablo en el libro de Romanos: si Dios levantó a Faraón para hacer un vaso de ira y para manifestar su ira, entonces dice: «¿Y qué, juzgas a Dios de injusto por haber hecho eso?». Y Dios juzgó al faraón también. Entonces ahí es donde dice: «Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso». Y además nosotros no somos los que le vamos a dar instrucciones de cómo operar: Dios es el que sabe mejor. Amén. Muy bien, ¿está claro? Ese principio es tremendo. Miren, o sea, cuando lleguemos allá arriba vamos a entender perfectamente bien el balance entre la voluntad de Dios y la voluntad humana; pero no podemos divorciar una cosa de la otra si lo analizan, ¿verdad? Okey.

Versículo 27 dice: «Sus moradores fueron de corto poder...» —bueno, las ciudades fortificadas, ¿verdad?, que el rey de Asiria redujo a montones de escombros—. «Sus moradores fueron de corto poder; fueron acobardados y confusos, fueron como hierba del campo y hortaliza verde, como heno de los terrados, que antes de sazón se seca. He conocido tu condición, tu salida y tu entrada, y tu furor contra mí. Porque contra mí te airaste, y tu arrogancia ha subido a mis oídos...». Dios le está hablando al rey de Asiria. Entonces noten lo que dice después: «...Pondré, pues, mi garfio en tu nariz, y mi freno en tus labios, y te haré volver por el camino por donde viniste». Si usamos la analogía del caballo: solo eres un caballo sobre el cual puede cabalgar mi voluntad para que mi voluntad sea hecha; pero cuando termine yo de hacer mi voluntad, pongo un freno en tu nariz y un garfio en tus

labios, y te mando de regreso. Amén. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! Pero esta expresión se usa en el libro de Job también con relación a Leviatán: «¿Quién podrá ponerle un garfio en su nariz a Leviatán?», ¿se acuerdan?, Job capítulo cuarenta y uno. O sea, la misma historia: cuando Dios termine de servirse de esta cosa que nos ha dado tanto que hacer toda la vida, Dios le va a meter un garfio en la nariz y nos va a librar como a Job, que había sido tomado cautivo por Leviatán, ¿verdad? Amén.

Entonces, Dios... si está pasando algo es porque Dios necesitaba que pasara y nosotros lo necesitamos también. Los justos van a abrir los ojos, van a ablandar su corazón, se van a humillar y van a buscar a Dios. Y aunque les duela, aunque hagan berrinche y lo que sea, tarde o temprano van a ir al Señor y le van a decir: «Señor, okey, ayúdame a entender, ¿verdad?, por qué está pasando esto». Pero la gente impía, mientras más le pasan este tipo de situaciones, más se endurecen, más se alejan, más se alejan de Dios y más terminan blasfemando directa o indirectamente en contra de Dios. Okey.

Entonces versículo 30 dice: «Y esto te será por señal...» —ahora le está hablando a Israel—. «Y esto te será por señal: Comeréis este año de lo que nace de suyo, y el año segundo lo que nace de suyo; y el año tercero sembraréis y segaréis, y plantaréis viñas, y comeréis su fruto. Y lo que hubiere quedado de la casa de Judá y lo que hubiere escapado, volverá a echar raíz abajo, y dará fruto arriba. Porque de Jerusalén saldrá un remanente, y del monte de Sion los que se salven. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto». Amén. Su celo, el amor que Él tiene por su nombre, de tal manera que Él mismo va a velar por dar a conocer su nombre delante de los hombres. De la misericordia o del lado de la ira, Dios va a dar a conocer su nombre; pero le está diciendo ahora a Israel y al rey Ezequías, le está diciendo: «Mira la señal: la garantía de que yo voy a lidiar con el rey de Asiria es que Israel no se va a quedar despoblada, deshabitada. Siempre hay un remanente y ese remanente va a volver a echar raíces abajo y va a volver a dar fruto arriba. Y van a seguir sembrando sus viñas y sus árboles y sus cosas, y van a seguir comiendo de su fruto». Amén.

Entonces ahora le habla al rey de Asiria. Dice: «Por tanto, así dice Jehová acerca del rey de Asiria: No entrará en esta ciudad, ni arrojará saeta en ella; no vendrá delante de ella con escudo, ni levantará contra ella baluarte. Por el camino que vino, volverá, y no entrará en esta ciudad, dice Jehová. Porque yo ampararé a esta ciudad para salvarla, por amor de mí mismo, y por amor de David mi siervo». Pues Ezequías era descendiente de David, ¿verdad? Pero ¡miren qué cosa!: «Y salió el ángel de Jehová y mató a ciento ochenta y cinco mil...». O sea, al día siguiente se levantaron y habían ciento ochenta y cinco mil cadáveres alrededor de la ciudad, en el campamento de los asirios. «...en el campamento de los asirios; y cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todo era cuerpos de muertos. Entonces Senaquerib rey de Asiria se fue, e hizo su morada en Nínive. Y aconteció que mientras adoraba en el templo de Nisroc su dios, sus hijos Adramelec y Sarezzer le mataron a espada...» —sus propios hijos— «...y huyeron a la tierra de Ararat; y reinó en su lugar Esar-hadón su hijo». Si ustedes estudiaron historia antigua tienen que acordarse: estos nombres siempre salían en esos libros de historia en el colegio; yo detestaba esas historias, pero aquí tienen, pues. Todo eso sucedió.

Entonces, ¿qué hizo Israel para tener la victoria?: humillarse y buscar a Dios. ¿Qué hizo el rey Ezequías para obtener la victoria?: humillarse y buscar a Dios. Dios les dio la victoria. Amén. ¡Qué lección más grande! Job en esto sí... pues cada quien tiene sus cosas, ¿verdad? Job en esto sí no hizo igual que el rey Ezequías, porque empezó a abrir la boca y empezó a decir toda clase de cosas, de acuerdo; pero el rey Ezequías sí es un gran ejemplo hasta aquí de cómo buscar a Dios en las buenas nos va a hacer seguir buscando a Dios en las malas. Amén. Y Dios se va a magnificar.

Bueno, voy a seguir con el capítulo treinta y ocho y lo vamos a dejar a medias, pero tenemos unos minutos todavía. Ahora hay algo, hay algo interesante con Ezequías: así como Job estaba lleno de justicia propia, nada más que la tenía tan escondida que necesitó ayuda para darse cuenta, Ezequías tenía un su lío también. En primer lugar descubrimos que él tenía una obsesión por vivir; así lo veo yo. Capítulo treinta y ocho, verso 1: «En aquellos días Ezequías enfermó de muerte. Y vino a él el profeta Isaías hijo de Amoz, y le dijo: Jehová dice así: Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás». Y hay personas que me han preguntado: «¿Cómo puedo yo ordenar mi casa?». Yo creo que hay que empezar por pagar deudas, poner en orden las finanzas, instruir a los hijos, decirles qué hacer, qué no hacer, dónde están las cosas. Sí, yo no sé. No es que a todo el mundo le anuncie Dios que se lo va a llevar, porque no pasa así. Sin embargo, uno escucha historia tras historia de personas... dicen, pues como ya se fueron no pueden contarnos ellos la historia, pero la gente que queda dice: «Estuvo hablando de que sabía que Dios se lo iba a llevar y Dios se lo llevó», ¿verdad? Sí pasa. Pero: «Ordena tu casa». Tremendo, ¿verdad? Yo creo que mejor la mantenemos ordenada siempre y no al último minuto.

Aquí es donde veo yo que era como una obsesión para Ezequías el vivir. Dice: «Entonces volvió Ezequías su rostro a la pared, e hizo oración a Jehová, y dijo: Oh Jehová, te ruego que te acuerdes ahora que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho las cosas que te agradan. Y lloró Ezequías con gran lloro. Entonces vino palabra de Jehová a Isaías, diciendo: Ve y di a Ezequías: Jehová Dios de David tu padre dice así: He oído tu oración, y visto tus lágrimas; he aquí que yo añadido a tus días quince años». Interesante, ¿verdad? Sí. Pues miren, uno entiende al rey Ezequías en un lado de la balanza, y en el otro se supone que todos soñamos con estar allá arriba, ¿verdad? Pero Dios le añadió quince años. Él no era tan grande... ah, no les chequeé la edad que tenía cuando pasó esto, pero él no era tan mayor cuando pasó esto. Dice: «Y te libraré a ti y a esta ciudad de mano del rey de Asiria; y a esta ciudad ampararé». Y Dios lo hizo porque el rey Ezequías fue un buen ejemplo de una persona temerosa de Dios.

Ahora, interesantemente, el hijo del rey Ezequías no buscó a Dios y la historia siguió por el mismo rumbo: unos lo buscaban, otros no lo buscaban, otros lo buscaban, otros no lo buscaban, y tarde o temprano Judá se fue por el despeñadero y se tuvieron que ir cautivos a Babilonia cuando los destruyeron los caldeos. Y me acuerdo que una vez, una vez en una reunión con pastores... algo estábamos mencionando de los acontecimientos del final y alguien dijo: «Pero si nosotros clamamos al Señor, podría ser que lo que está escrito en el libro de Apocalipsis ya no suceda». Entonces yo estaba bastante verde en ese tiempo, fue

hace años, pero yo me acuerdo que dije: «Yo creo que desde que está escrito va a suceder». Y me acordé del ejemplo de Israel: o sea, Israel tuvo reyes como Ezequías y Josías —creo que viene después, que también buscó al Señor—, y fue al rey Josías que Dios le dijo: «Porque tú me buscaste, va a haber paz en tus días; pero lo que está determinado para Judá va a pasar de todos modos». O sea, nosotros tenemos que buscar a Dios, tenemos que portarnos bien, tenemos que ser luz del mundo, sal de la tierra, fieles embajadores del Reino de Dios; pero lo que tiene que pasar va a pasar. Amén.

Al principio, cuando aprendimos los misterios de batallar espiritualmente y todo eso, y empezamos a aprender a orar de esa manera, estábamos un poquito desbalanceados por lo que uno oía y por lo que se enseñaba por todos lados: que a fuerza de orar y de reprender y de interceder vamos a redimir la tierra, ¿verdad? Pero poco a poco, a medida que fui conociendo mejor la Palabra de Dios, me empecé a dar cuenta que la tierra va a seguir su rumbo. ¿Entonces debemos dejar de orar por nuestro país, debemos dejar de orar por la gente o dejar de orar por... pues orar por el mundo? En términos generales, si lo analizan, es muy vago; tiene que ser que por esta nación, que por estas personas, que por este grupo, que por esto, que por lo otro. No: sí tenemos que seguir orando por todo y por todos de acuerdo a la voluntad de Dios. Amén. Pero al final lo que tiene que pasar va a pasar. Lo que va a ocurrir es que habremos hecho nosotros nuestra parte que nos correspondía mientras estuvimos aquí en la tierra: fuimos fieles testigos para el Señor, detuvimos el progreso de las tinieblas. Que cuando... cuando el Espíritu Santo que está en los creyentes sea quitado de en medio, entonces toda esta maldad va a tomar posesión del planeta Tierra. Sí, o sea, va a pasar; nosotros ahorita la estamos deteniendo. Eso lo dice Segunda de Tesalonicenses en el capítulo dos: hay quien al momento la detiene, el misterio de la iniquidad; pero cuando este sea quitado, va a ser quitado. Entonces nos toca a nosotros orar y batallar y reprender y hacer nuestro trabajo, pero sin desenfocarnos: este mundo ya está en el despeñadero y va a terminar donde tiene que terminar de acuerdo a la Palabra de Dios. Amén. Pero hagamos nuestro trabajo.

Sí, ¿por qué les dije eso? Bueno, el hecho es que... ah, sí: porque después de Ezequías su hijo no buscó a Dios, etcétera, y fue a Josías, como les digo, que Dios le dijo: «Okey, va a haber paz en tus días; pero de todos modos el mundo entero...» —o sea, en esos días era la nación de Israel— «...de todos modos va a terminar como va a terminar, porque ya las bases habían sido puestas para necesitar de los juicios de Dios». Y el mundo entero: ya las bases fueron puestas y necesita los juicios de Dios, ¿verdad? Amén. Así es que Dios le dio quince años más a Ezequías. La próxima semana vamos a descubrir qué pasó con esos quince años que le dio Dios a Ezequías.

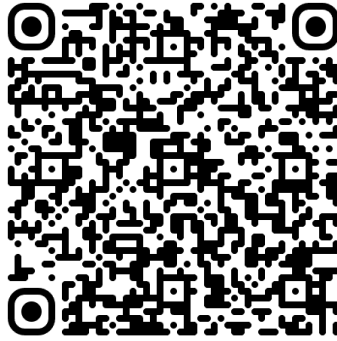
Sí, bueno, ¿aprendimos algo? Sí, gracias a Dios. Gracias a Dios por su Palabra. Amén. Estas historias son tan hermosas, tan importantes y tan enriquecedoras. Todas estas historias están puestas en la Biblia para amonestarnos a nosotros, para instruirnos a nosotros. Gracias a Dios. Démosle un aplauso al Señor. Amén. Gracias al Señor. Gloria a Dios. Gloria a Dios. Muy bien, vamos a ponernos en pie, vamos a bendecir al Señor y a darle toda, toda la gloria.

Padre, en el nombre de Jesús, te damos gracias por tu Palabra. Te damos gracias, Señor, por tu Espíritu Santo, quien aviva la Palabra en nuestros corazones, en nuestras mentes, para que podamos ver más allá de la letra y ver tus principios de operación. Padre, en el nombre de Jesús, gracias por enseñarnos, por instruirnos, gracias por corregirnos, por enderezar nuestros pasos, por orientarnos, por guiarnos, por conducirnos por medio de tu Palabra por el camino por el que debemos caminar. Te damos gracias, Padre, porque todo está en tus manos, todo obedece a un plan que Tú has trazado. Gracias, Padre, en el nombre de Jesús, por la sabiduría, Señor, y las profundidades de tu manera de operar, de tu plan maestro para todo y para todos.

Padre, úsanos a nosotros, Señor, mientras nos tengas en esta tierra para levantar tu Nombre, Señor, para honrar tu Nombre. Otros estarán blasfemando acerca de tu Nombre y en grande confusión; Señor, ayúdanos a nosotros a poner tu Nombre en alto, Señor, a no dejarnos confundir. Ayúdanos a no dejarnos confundir con las palabras del error, Señor, bendito Señor, las palabras falsas, Señor Dios, que nos rodean todo el tiempo y que nos hablan de todos lados. Ayúdanos, Señor, a buscarte, Señor Dios, en tiempos buenos, para que cuando vengan los tiempos difíciles sigamos buscándote, sigamos aferrándonos a Ti. En el nombre de Jesús, enséñanos a correr a Ti, Señor, en todo momento, en todo tiempo, en todo lugar. Ayúdanos, Señor Dios, a serte fieles, a serte gratos, a esperar en Ti, a depender de Ti, a llevarte a Ti todo, Señor. Si nos vamos a quejar, a quejarnos delante de tu presencia, Señor, Dios santo; a no abrir la boca, sino a ir contigo, Señor, y poner delante de Ti nuestra vida, nuestro corazón, nuestros asuntos, Señor, y a esperar en Ti la respuesta.

Padre, gracias por el ejemplo que tenemos en el rey Ezequías y por este día, por tu Palabra preciosa. Y Señor, oramos que nos ayudes a todos a ser perfeccionados aún más. Tú sabes cómo, cuándo, dónde, ¡bendito Dios!, pero mientras haya tiempo, sigue perfeccionando tu obra en nosotros. Te damos gracias, te damos toda la gloria. En el nombre de Jesús. Amén. Amén. Amén. Gracias, Señor. Te alabamos, Padre. Gracias. Gracias, Padre. Bendito sea tu Nombre, Señor. Gracias, Señor. Amén. Amén. Gloria al Señor. Bueno, gracias a Dios. Dios los bendiga y nos volvemos a ver, Dios mediante.

Estimado lector, si esta prédica fue de bendición para usted, no dude en compartirla y encontrar más prédicas maravillosas en el siguiente código QR. ¡Qué Jesucristo nuestro Señor le bendiga!



IGLESIA DEL EVANGELIO DE CRISTO

Vida Cristiana

GUATEMALA